

CAPÍTULO 6

Entrevista a Rosa Heins

Ariel Viguera, Franco Garritano y Alejo Díaz Kreclevich

Rosa Heins es una figura destacada para acercarse a un testimonio íntimo y crítico sobre los fenómenos de transición a nivel disciplinar e institucional durante los años 60, 70 y 80. Un trayecto ecléctico y vertiginoso que, sin embargo, no queda reducido a un “progreso” o un itinerario jerárquico de momentos, sino que lo sitúa como una “sucesión de experiencias”, que dieron entidad no solo a su recorrido singular, sino a una generación veteada por lo inédito. Atravesada por el golpe de Estado de 1966 y ya recibida, para entonces, de Contadora por la Universidad Nacional de La Plata, Heins incursiona en la Carrera de Psicología, motorizada por un encuentro (demasiado) temprano con Freud y por la inquietud intelectual que la caracteriza. De este modo, comenzaría un tramo donde su participación institucional y extra-institucional sería determinante en su modo de comprender la formación disciplinar, el saldo del ámbito académico y el compromiso político inherente al proceso. Heins llega a los 70 con un recorrido universitario destacable y un cúmulo de interrogantes por la psicología aún mayor, que la lleva a incursionar en diferentes ámbitos, donde se iría forjando su perfil psicoanalítico al compás de enormes figuras relacionadas: Isidoro Berenstein, Marie Langer, Ana María Fernández, Raquel Bozzolo, Gino Germani, entre otros. Además, trabajó en el Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES) junto a Pichón-Rivière —ubicado como su mayor referente— y formó parte por más de 10 años de los grupos de estudio de Raúl Sciarretta, a quien no vacila en definir como quien la inicia en la lectura de Jacques Lacan, junto a Sara Glasman. Testigo del auge militante estudiantil de los 60 y los espacios donde comenzaba a fulgurar el feminismo de época, Heins da cuenta de los atravesamientos contextuales que hilvanan la formación y el ejercicio profesional, así como las mutaciones que el psicoanálisis experimenta en tal contexto. Del mismo modo, relata su apreciación y conexión con el psicoanálisis; recorrido que va de Freud a Lacan, no sin antes pasar por Klein. En definitiva, se encontrará aquí un cúmulo de experiencias y apreciaciones críticas, propias de una Psicóloga-Psicoanalista que, además de seguir pensando en el devenir del campo disciplinar que habita, no deja de mirar las marcas de su pasado y el de su generación, para pensar qué alcances subjetivos pudo haber tenido aquel particular momento histórico donde se insertó su recorrido.

—Bueno en primer lugar quisiéramos preguntarle sobre la razón por la cual eligió Psicología como carrera y qué se puso en juego a la hora de decidir.

[R.H.] Bueno, es muy interesante, porque yo vine a La Plata a estudiar Ciencias Económicas. Me recibí de contadora en 1960 y ejercí la profesión hasta 1966, año de la revolución de [Juan Carlos] Onganía. Para el 66, ya había dejado bastante el estudio contable, y me anoté entonces en Psicología, porque yo estaba casada con un psicoanalista que fue de los primeros que hubo en La Plata, [Alberto Eduardo] Montenegro. Entonces el grupo de él fue clave, también Emilio Dupetit fue muy importante; los antecede [Ricardo Horacio] Etchegoyen que fue el primero que trabajó psicoanalíticamente en La Plata —incluso fundó una clínica en la década del 50—. Mi núcleo estaba conformado entonces por gente que estudiaba psicoanálisis: eran, necesariamente, médicos y leían, fundamentalmente, a Freud. Eran la primera camada de psicólogos, yo debo haber sido la cuarta camada de psicólogos o quinta. Yo me vine de Mar del Plata a estudiar, y entré en el 66 recién a Psicología, decidida totalmente, mientras abandonaba lo relacionado a mi rol como Contadora Pública. Entonces entré en psicología y tuve una gran sorpresa. Para mí, que venía de estudiar Ciencias Económicas y me había recibido con bastante entusiasmo de la Carrera. Esta sorpresa tenía que ver con que, después del primer mes de cursada, lo que más me llamaba la atención, y me parecía extraño, era que todas las materias hablaban de "el Hombre". En Ciencias Económicas, por ese momento, no se hablaba de "el Hombre" como sujeto económico; esas teorías económicas vinieron mucho después. Entonces me fascinó, y hasta dudé en anotarme en la carrera de Sociología, que se había abierto hace poco, pero después, más adelante, se cerró. Pero me anoté finalmente en psicología e hice en cuatro años la Carrera.

Lo importante que pasó en esos años es que adviene toda la teoría de [Jacques] Lacan, que nosotros no vemos en la Facultad, pero empezamos a estudiar en Buenos Aires. Yo hasta hace pocos años, hasta que cumplí los 80 años, viajé semanalmente a Buenos Aires para seguir leyendo a Lacan. Empecé cuando estaba en el tercer año de la Carrera. Lo primero que hicimos allá no estuvo relacionado con Lacan, sino con Isidoro Berenstein, que estudiaba más a Freud. Era una época del "retorno al freudismo", después de una época muy "kleiniana" y Berenstein era muy freudiano. Trabajamos con él, casi todas las semanas, y fue muy importante, porque nos introdujo a la obra de Freud de una forma más profunda de la que veíamos en la Facultad. Esto lo hacíamos simultáneamente a las cursadas.

—¿Es decir que tenían una formación académica y, además, otra paralela, a través de estas figuras?

Sí, exacto. Porque nos dábamos cuenta de que, en la Facultad, no se veían los textos de una manera directa, desde la fuente primaria —yo siempre fui muy adicta a leer al autor, y no me gustaba el "comentario" sin el texto original—. Y con Berenstein, justamente hacíamos eso: partiendo de los textos originales para analizar desde el punto de vista freudiano. Estuve varios años así hasta el 70 cuando me recibí. Pero ya cerca de 1968 empecé a leer Lacan, aunque desde comentarios, no desde el texto original; al estilo de "como leer a Lacan". Una vez que me recibí, empiezo a trabajar en la "Ayuda Social Universitaria" de la Universidad, lo que hoy sería Servicio Social o algo por el estilo. Allí entrábamos los primeros psicólogos, y fueron años de muchas luchas relevantes, porque teníamos

la contra de los médicos, psiquiatras —los “psiquiatrones”, como les llamábamos—. Fuimos un grupo, junto con Pilar Portas y Carlos Bru, que tuvimos muchas reuniones en el Ministerio de Salud con algunos “psiquiatrones” —de los que por suerte he olvidado el nombre— y fueron muy duros. Nos denigraron muchísimo por el problema de las incumbencias. Esto de la mano de la Asociación de Psicólogos que fue lo que formamos primero; no recuerdo bien el año, pero antes de los 70, seguro. Estos años me llegaron mucho por la lucha que se hizo y yo además ya me inclinaba por la clínica, empezando a trabajar. Respecto a la formación, seguía en parte con Berenstein y en parte con grupos armados acá, con Ana María Fernández y Raquel Bozzolo. Nos encontrábamos como grupos de amigas y tomábamos textos de Freud para analizar por nuestra cuenta, independientemente de la Facultad. Éramos otro grupo de referencia para la lectura de Freud.

En 1978, cada vez más interesada por Lacan, me voy a Buenos Aires a trabajar con Raúl Sciarretta. Él era un pensador, filósofo, muy conocedor del psicoanálisis, pero no psicoanalista. Él me dio la base para leer bien a Lacan. Con él leíamos Lacan, pero como no era psicoanalista “en ejercicio”, era muy distinta la apreciación que hacía. No obstante, me dio fundamentalmente la base filosófica, indispensable para poder leer Lacan. Hacíamos dos grupos e íbamos dos veces por semana: un grupo de filosofía y otro de psicoanálisis, donde se leían, inicialmente, los *Escritos* y siempre analizando textos directos, tanto de Lacan, como los de filósofos como Hegel, Heidegger, los presocráticos, entre otros. Con Sciarretta debo haber estado diez años trabajando y mientras tanto aumentaba mi trabajo acá en La Plata. También empecé a tener, por esa época, supervisiones en los hospitales; supervisé en la Dirección de Salud Mental del Rossi¹⁰, también en una clínica de Salud Mental —la cual no recuerdo ahora— y, finalmente, terminé supervisando en el Policlínico de San Martín¹¹, alrededor de diez años. Cerca de los setenta años, dejé de supervisar instituciones.

Entonces, mi desarrollo teórico fue, fundamentalmente, mediante Sciarretta, y después pasé a trabajar con Sara Glasman, que era psicoanalista, y allí hice toda la lectura de Lacan, incluso en francés. Esto porque no llegaban todas las ediciones o llegaban algunas “pirata” muy mal hechas. Un año que fui a París, conseguí un montón de material inapreciable, todo en francés; yo por esa época me arreglaba bastante. Sara tomaba el francés original de Lacan, no pasado por Jacques-Alain Miller, y lo leíamos juntas directamente de las clases de él. Así fueron veinticinco años que leímos seminario tras seminario, y eso fue lo principal de mi formación. Y esto también lo pude hacer gracias al bagaje que traía por mi paso con Sciarretta, que fue fundamental. Fue el lecho desde donde pude empezar a desplegar el pensamiento, sobre todo porque me abrió mucho a la filosofía e hicimos fundamentalmente los *Escritos*.

—Así que usted traía de su formación con Sciarretta la base filosófica y con Glasman pasaba a leer en conjunto los *Seminarios*. ¿Fue así el recorrido inicial?

Más o menos, porque con Sciarretta ya leímos primero los *Escritos* y, después, sí, el salto a los *Seminarios*. Pero, imagínense cómo los habremos estudiado que nos llevó diez años. Él era

¹⁰ Hospital Interzonal General de Agudos Dr. Rodolfo Rossi de La Plata

¹¹ Hospital Interzonal General de Agudos General José de San Martín de La Plata.

un erudito. Uno podría pensar que divagaba, pero, en realidad, en esa divagación nos iba proporcionando unos datos aleatorios que tenían que ver con el tema y lo ampliaban muchísimo. Eso afirmaba el concepto que uno quería estudiar, porque había muchos datos que aportaba, realmente uno de los últimos enciclopedistas. Porque para avanzar una hoja de Lacan, estábamos quizás una hora y media; ampliando con referencias filosóficas y todo lo que trae Lacan que te lleva a una multitud de temas, por lo que salís con un conocimiento multicultural de sus lecturas si vas frase por frase.

Eso me permitió que hoy yo pueda agarrar cualquier texto de Lacan y lo pueda leer, porque pudimos saber cómo leerlo y saber desde dónde él hablaba. Lacan siempre hablaba, no desde una posición de analista, sino como en análisis; como una sesión de análisis con asociación libre. Por eso es tan difícil seguirlo tantas veces. Si bien es una asociación libre destinada a dar vueltas alrededor del tema, no es pauta, sino que va agregando ingredientes acordes a un determinado concepto. Entonces el concepto jamás queda “cerrado” —como nada se cierra en psicoanálisis—, pero sí más cercado, fijado, y uno puede así relacionar distintos Seminarios con mucha vinculación entre ellos. El Seminario *La identificación*¹² tiene todo lo que Lacan desarrolló en los demás, para mí. Donde lo abras, hay un esbozo de lo que después elaboró sobre la lógica del fantasma o del objeto, etc. Lo hará de una manera muy desmitificadora y esclarecedora sobre Freud, encontrando una riqueza en el mismo Freud que nos sorprendíamos por haber obviado frases claves que Lacan retomaba. Pero Lacan es otra época; él ya cuenta con los desarrollos de la lingüística que Freud no tuvo, y pudo hacer otra lectura completamente distinta y desde allí decanta lo que yo practico como psicoanalista siguiendo mi estilo. Siempre he respetado el estilo de cada profesional psicoanalista, porque creo que no hay un estilo único. Considero que hoy muchos psicoanalistas quieren hacer “como hizo Lacan”, y eso no es posible, y allí se producen ciertas identificaciones distorsivas. Se pueden hacer identificaciones buenas, pero éstas son distorsivas.

—Tenemos una pregunta que quedó pendiente, con relación a su inserción en la Facultad ¿Usted ocupó cargos docentes? Y respecto de su inserción en la Carrera, ¿hizo investigación o extensión?

Sí, tuve un único cargo docente, que duró poco tiempo y les voy a decir por qué. Armando Delucchi era el profesor de Psicología I, y me invitó a formar parte de la cátedra. Y empecé como Ayudante no diplomada. Debe haber sido todo un año, cuando yo estaba en tercer año. Y en ese momento, era rector Rodolfo Agoglia y recuerdo que hicimos una rebelión, y dimos clases en la calle, en las escalinatas de la Universidad. A mis alumnos los llevé a la escalinata y empecé a dar clase. Algunos docentes, por supuesto, no adhirieron. Y pasó Agoglia —miren cómo nos trataba en ese momento—, se para, me mira y me dice: “señora, ¿usted dando clase en la escalinata?”, como diciendo “¿cómo puede ser que una señora como usted de clases ahí?” [risas]. Nunca más me voy a olvidar de eso. Pobre Agoglia; lo digo porque se tuvo que ir, y murió en

¹² Lacan, J. *El seminario. Libro IX. La identificación (1961-1962)*.

España. Después, respecto a la investigación, lo que publiqué fueron dos o tres artículos con Mario Di Bastiano y María Emilia Grandal, sobre grupos. Hoy, para mí, eso no tiene ningún valor. Pero bueno, en aquel momento era una producción que nos parecía importante. *La transferencia en grupos* es un artículo, y el otro es *Dinámica de grupos*, que se publicó en un librito sobre grupos, que lo debe tener Rodolfo. Y extensión no hice. No fui de escribir.

—Respecto a las bases que la Facultad pudo darle sobre todo esto, ¿qué lugar ocupa esa formación respecto al psicoanálisis?

Todavía ni se pronunciaba Lacan allí. Éramos un grupo de estudiantes de tercer año, que nos empezamos a dar cuenta de que se venía “otro psicoanálisis”, y empezamos a leer allí. Pero ni siquiera Berenstein hablaba de Lacan. El que sí hablaba, con el que yo trabajé antes de arrancar Psicología, era Pichon-Riviére. Él sí ya conocía Lacan, y yo ya trabajaba con él cuando fundó el instituto IADES [Instituto Argentino de Estudios Sociales]. Me había recibido de Contadora, y en las tres materias de matemática me había sacado 10, y me habían invitado a la cátedra. Entonces tenía mucho conocimiento y facilidad, por lo que Pichon me invitó a formar parte del equipo de estadística del IADES, trabajando con las primeras —y únicas— encuestas, en la época de [Arturo] Frondizi. Y también trabajé allí con Gino Germani para hacer el muestreo.

—De ahí también un poco la preferencia por la Sociología, ¿no?

Claro, ni hablar. Germani tuvo también mucho que ver con mi orientación hacia la sociología. Pero bueno, finalmente terminé en Psicología y la verdad no me arrepiento, estoy muy contenta de haberla seguido. Pero, por eso, ven que tuve pasajes por el psicoanálisis mucho antes de que me decidiera a estudiar psicología. Y trabajando con Pichón se hacía mucho trabajo mediante grupos; recuerdo también que hicimos la experiencia Rosario. ¡Estoy hasta en una foto! Yo coordinaba uno de los grupos junto con Eduardo Leopold. Uno después se da cuenta de que la Teoría de los Emergentes grupales, tenía que ver con el significante. Pero de esto nos pudimos dar cuenta muchos años después; porque la experiencia Rosario fue creo en el 58. Y ya entonces Pichón estaba tras la pista de la importancia de la palabra, trabajando en los emergentes de cada grupo. Esto entonces fue desde el 57 al 60. Me faltaban doce materias para recibirme de Contadora, y dejé dos años para trabajar en estadística y muestreo con Pichón y Germani. Luego daría las doce materias de contaduría en un solo año; no pregunten cómo hice, pero en diciembre del 60 me recibí ya de Contadora acá en la UNLP. Y en abril de 1970 de psicóloga. Todos me preguntaban de qué me iba a recibir en el 80, pero ahí quedé [risas].

—Respecto a la experiencia Rosario, ¿qué recuerda de aquello? Porque nosotros tenemos cierto registro y clave anecdótica del viaje en tren, o la presencia de boxeadores, prostitutas, etc.. ¿Qué es lo que más recuerda?

Claro sí, muchas figuras del deporte también. Ahí trabajé con Eduardo Leopold que éramos amigos. Los grupos que yo coordiné, tuve mucha suerte porque logramos que hablaran y en ese entonces costaba mucho que hablaran; había mucho resquemor y había grupos donde prácticamente no se podía trabajar porque no hablaban. Con Eduardo logramos crear el clima como para que hablen del tema que quisieran, era libre. Generalmente hablaban de por qué les había interesado, y eran mayoritariamente gente de la Carrera. Grupos de deportistas, como futbolistas,

boxeadores también asistían. Después, eran todos alumnos. Recuerdo que la consigna que teníamos era lograr “el pasaje a la palabra”. Como en todo grupo, una vez roto el problema inicial de la toma de palabra, aparecían inmediatamente las asociaciones. Lo que más recuerdo fue el resultado de la experiencia, el cómo surgieron los emergentes de cada grupo como, por ejemplo, la actividad política —“frondizismo”—, la psicología como objeto de estudio —por qué la Psicología—, el porqué de los grupos, etc. Y también recuerdo la gran sorpresa de que Pichon —que era un genio— pudo vincular los temas emergentes de cada grupo en un modo general; nosotros le dábamos las conclusiones de cada grupo particular. Hoy lo llamaríamos como un “inconsciente colectivo”, pero en aquel momento no se usaba ese término. Y bueno, por supuesto los viajes en tren eran muy divertidos; íbamos jugando casi siempre al truco. Estaban Berenstein, [Alfredo] Marranti que luego murió, Bleger... guardo las fotos aún. En la parte de estadística, trabajaba con Germani en su estudio para los problemas de muestreo, y en el mismo IADES trabajaba con Luis Pichón que era el sobrino de Enrique; un chico que, aunque no era profesional, era muy inteligente, muy preparado en política e historia más que nada. No sabía nada de matemáticas, pero aprendió rápidamente cómo trabajar con la máquina y algo de teoría de muestreo. En fin, fue una época muy burbujeante en la vida de Pichón, muy creativa. Acababa de tener su intervención en el hospital Vieytes¹³, donde trabajé en grupo con las enfermeras. Fue la primera vez que se trabajó en grupos con el personal auxiliar de un hospital, de un “loquero”.

—Teníamos interés en que nos cuente un poco sobre los años 60. Usted se encontraba, por ese entonces, próxima a estudiar Psicología.

Próxima a terminar con Ciencias Económicas. El día que me recibo de Contadora, que salgo de rendir mi última materia, lo primero que digo “la próxima carrera que voy a estudiar es Psicología”. Lo pude hacer seis años más tarde, porque tenía dos hijos chiquitos. Aparece de repente, pero en realidad ha tenido una gestación inconsciente de mucho tiempo, porque trabajando con Pichón no podía menos que estar muy interiorizada en el psicoanálisis. La psicología se impuso antes de que me diera cuenta. Piensen que yo tuve contacto, a través de quien fue mi marido, el padre de mis hijos, con Freud desde los años 50. Ya en esos años él tenía los tomos de Freud, y yo los leía. Agarraba, así como podía, sobre todo los historiales clínicos, que en ese momento era como leer una novelita... hoy los leemos de otra manera. Pero ya desde entonces estaba sumergida en ese ambiente.

—Pasando por la formación durante los 60, cuando usted se recibe, ¿qué relación tenía con su promoción de compañeros estudiantes? ¿Qué características tenían?

Tomaron distintos rumbos. En general, con quien fuimos muy compañeras es con Raquel Bozzolo, que seguimos juntas. Y por nuestra cuenta estudiábamos Freud. Porque ya Ana [María Fernández] se había ido a Buenos Aires, o ya no estaba tanto con nosotras... Pero con Raquel seguimos muchos años la amistad, hasta que se fue a vivir a Buenos Aires. Y bueno, todo lo que pasó, porque en el año 74 hubo una gran dispersión. Se fue Ana. Se fue Raquel. Se fue Carlos

¹³ Actualmente Hospital Interdisciplinario Psico-asistencial José Tiburcio Borda.

Bru. Bueno, mataron a Cheny Miguel. Lo mataron a Rusconi, que fue otro gran impacto en mi vida, me marcó muchísimo. Pero bueno, lo que no hice nunca es dejar de estudiar, siempre me interesó estudiar los textos de primera mano.

—¿Sus compañeros eran psicoanalistas?

La gran mayoría sí, no todos. Pero la impronta era psicoanalítica. Aun cuando hubiera otras corrientes —bueno, es lo que pasa actualmente, ¿no?—, las otras corrientes que existen se rinden ante el psicoanálisis. Ustedes lo verán en Corrientes: ni los cognitivos, ni los gestálticos dejan de estar influidos por el psicoanálisis. Eso fue algo que se introdujo en todas; los conductistas, sobre todo los neo-conductistas, tomaron muchísimo del psicoanálisis. No obstante, estas corrientes no tomaron como fundamental el papel del inconsciente, pero sí tomaron aspectos derivados del inconsciente, sin reconocer que era el inconsciente, como la represión, la repetición, el problema de la negación... representaba lo que nos pasa a todos como sujetos, que por más que creamos que existe un inconsciente, hay momentos en que actuamos como si no. Me acuerdo de una frase de Berenstein, que nos decía que “en el fondo, todos estamos negando continuamente el inconsciente”, como que es la única forma de andar por la vida. Aun cuando se sea lo que yo llamo “palabrero psicoanalítico” es una forma también de eludir que se está hablando desde el inconsciente, y que esa palabrería psicoanalítica está escondiendo algo, el otro discurso, el decir, como dice Lacan, o el sujeto de la enunciación. Pero bueno, siguen adelante y cumplen su papel estas psicoterapias. Eso siempre lo he respetado muchísimo. Cumplen su labor. Por supuesto que yo considero que lo único que puede mover a una estructura es el psicoanálisis. Moverla nada más, porque la estructura es inalterable. Pero moverla, movilizarla, sí. Lo demás es poner paños fríos.

—Entonces, nos comentó que estos compañeros suyos incursionaron en otras terapéuticas.

Exactamente, sobre todo en ese momento el gestaltismo, el neo-conductismo, ese tipo de marcos. Pero la mayoría seguimos una vertiente psicoanalítica. Contenidos que se daban en la formación de grado, pero muy, muy poco. Yo diría que, de los años que estuve en la Facultad, lo que más aprendí —siendo que no era demasiado— fue psicoanálisis. De las demás corrientes, muy poco. Por ejemplo, en Corrientes Contemporáneas vimos muy poco en comparación con lo que se ve ahora, era como una materia “de tercera”, que uno las daba con poca información, se preparaba poco. Incluso había épocas donde no había ni profesor, y nos daban una currícula y nos arreglábamos por nuestra cuenta. Fueron años bastante caóticos porque estuvieron atravesados por la revolución de Onganía, y ahí se produjo una suerte de carencia importante en el plantel profesional de la Facultad.

—¿O sea que la orientación de la Facultad era más que nada psicoanalítica freudiana?

Sí, psicoanalítica freudiana y kleiniana. Kleiniana sobre todo. Pero nunca tuvimos demasiada clínica. Ustedes tienen mucho más clínica que nosotros. Me acuerdo de que lo único que se veía fuera de la Facultad era cuando tomábamos los *tests*, que buscábamos amigos o hijos de amigos para administrarlos. Después no tuvimos ningún otro contacto con la clínica. Nada, absolutamente. Entrevistas tampoco; yo no me acuerdo haber hecho entrevistas. Si las hubo deben haber sido muy superficiales, porque no me acuerdo. En la cátedra de

Psicoanalítica cuando la tuvo [Emilio] Dupetit, ahí sí me acuerdo de que tuvimos que hacer una entrevista. Me acuerdo incluso la persona a quien se la hice, no me olvido de que lo que apareció fue un duelo, y lo que trabajé sobre todo fue *Duelo y Melancolía* de Freud, en el análisis de la entrevista. Sí, me parece que en la cátedra de Emilio fue el único lugar donde hicimos entrevistas, y que yo recuerde en un sólo sujeto.

—Respecto del Plan de Estudios de la Carrera, hubo hasta cuatro planes de estudios diversos desde la fundación de la Carrera. Queríamos preguntarle sobre este Plan de Estudios. ¿Qué pensaba al respecto? ¿Lo notaba falta de algunas materias?

Mirá, no conozco bien el Plan de Estudios, aparte de lo que me dicen mis nietos. Es un Plan mucho mejor del que teníamos nosotros. Una cosa que me olvidé de comentar es que cuando se reabre la Carrera nos invitan a varias personas —[José Antonio] Castorina, [Raúl] Marazzato, a mí, éramos diez o doce— para hacer el Plan de la Carrera. Y ahí hacemos el primer Plan de la Carrera postdictadura, cuyos ejes fundamentales siguen siendo los de ahora, porque introducimos en los contenidos de Psicoanalítica a Lacan, introducimos la materia de Lingüística, hicimos más profunda la currícula de Filosofía. Siempre apuntando a que se pudiera trabajar Lacan, entonces había que apuntalar Filosofía, si no, era imposible. Nos invitaron desde la Facultad, todo bien institucional. Era una comisión para el nuevo Plan de Psicología, que fue con el que comenzó la primera camada postdictadura.

—Y en su Plan de Estudios, particularmente, con el que usted cursó, ¿notaba que le faltara ciertas materias o de ciertos contenidos?

Sobre todo, lo que nos faltó fue más contacto con entrevistas, hacerlas. Yo veo que ustedes hacen mucho más de lo que nosotros. Ya te digo, salvo tomar *tests*, en Psicometría, y tomar e interpretar Rorschach, con Lunazzi, nada. Después, con la cátedra de Emilio. Pero más, no me acuerdo. Nuestra queja era que salíamos sin formación clínica. No formación, en realidad sin una experiencia clínica, sin práctica.

—De la materia particular de Higiene Mental, ¿qué recuerda?

Me recibí con esa. No te puedo decir nada, porque no me acuerdo de nada. Creo que la preparé en una semana, era una cosa que la dejábamos para el final, para recibirnos tranquilos y no tener que recibirte con algunas de las materias “grosas”.

—¿Y había dentro de la currícula, en algún espacio, teoría de grupos?

Vos sabés que no me acuerdo si en la Facultad había grupos. Yo después empecé a trabajar en grupos, enseguida, pero porque yo venía con lo de Pichón, tenía otra formación, pero no me acuerdo. Sí, algo de grupo habremos visto, pero nada muy profundo. Ni con prácticas. Todo eso yo lo tenía aparte, lo había adquirido con Pichón. Por eso cuando yo entro a la Ayuda Estudiantil, y que entran también Mercedes Sánchez, Rodolfo Messineo —mi compañero de acá del consultorio— y Mario Di Bastiano, podemos decir que éramos los únicos que estábamos dando vueltas alrededor del asunto de los grupos, y logramos imponer en la Ayuda Estudiantil los grupos. Nos tildaron de locos por hacer grupo. Pero [José] Bilotta, que era el Director, nos habilitó a hacer grupos, lo cual fue considerado finalmente, hacia 1973 o 1974, subversivo. Ahí empezaron a detener gente, incluso a matar gente, y tuvimos que disolver los grupos.

—¿Era un grupo de ayuda estudiantil, para los estudiantes?

Primero empezamos con los estudiantes, y cuando ya nos afirmamos en eso y veíamos que daba mucho resultado, al mismo tiempo empezamos la práctica privada. Ahí fuimos muy perseguidos. Todos los que hacíamos grupos fuimos muy perseguidos. Entonces por un tiempo dejamos de hacer grupos, o lo hacíamos clandestinamente. Por supuesto, tuvimos que abandonar inmediatamente, no era terapéutico.

—Y mientras tanto también, en esta época 73, 74, usted se forma con [Raúl] Sciarretta, ¿no?

Yo empiezo con Sciarretta en el 78. Desde el 70, año en que me recibo, al 78, que empiezo con Sciarretta, los grupos que hice fueron estudiar Freud entre nosotros, y la lucha con los Médicos Psiquiatras, que fue muy difícil. Las denigraciones que soportamos en el Ministerio de Salud eran impresionantes. Nos dijeron cualquier clase de cosas.

— [Norma] Delucca se refería a la primera camada de egresados como “las chicas de psicología”...

Sí, más que eso: “las locas de psicología” [risas]. Era peor todavía. Éramos casi todas mujeres. Había muy pocos hombres en aquel momento, nosotros tuvimos muy pocos compañeros varones. No es como ahora.

—Juan Carlos Domínguez Lostaló nos comentó algunos pasajes de esos momentos. ¿Estas discusiones con el campo médico, a las que te referís, fueron en función de las incumbencias?

Sí, se negaban rotundamente a que nosotros ejerciéramos la práctica clínica.

—Es decir que no sólo operaba un no-reconocimiento, sino que además se forzaba para que no ejercieran.

¡Claro! Se dieron cuenta que les aparecía, para ellos, un enemigo en vez de un coequiper. Nada de inter-disciplina; impensable. Ellos detentaban el título de Psiquiatras, y la psiquiatría la hacían ellos. El Psicoanálisis era charlatanería.

—Y, por otro lado, para hacer psicoanálisis de un modo institucionalmente reconocido había que ser Médico.

Exactamente. Ellos decían que había que ser Médico. Y eso que nosotros teníamos las incumbencias dictadas por la Facultad. Que, en ese momento, no estaban claramente determinadas. Eso es lo que dejaba una laguna para nosotros. Porque las incumbencias formalizadas del ejercicio de la psicología, ya no me acuerdo en qué año, vienen después de que la Facultad institucionaliza la incumbencia. Pero fue a raíz de la lucha que tuvimos que hacer con los psiquiatras donde hubo que tomar una determinación y decir exactamente cuáles son las incumbencias del psicólogo: eso tomó muchos años de trabajo, de luchas. Es esa famosa “resolución de los tres no”; porque todo era cuestión de sinapsis, de transmisión sináptica, de endorfinas. De trabajo cerebral, digamos. Entonces, meterse con algo como el inconsciente les era inconcebible, totalmente. Infranqueables. No había diálogo. Cuando yo pienso que hoy en día uno deriva para medicación y habla con el psiquiatra, nos comentamos cómo va el paciente, el psiquiatra mismo pregunta “¿te parece que disminuya un poco la medicación?”, o intercambiamos aspectos clínicos del paciente... eso era

inimaginable. No se podía ni pensar en eso. Defendieron su lugar como leones. Amparados por el estatus “chamánico” del médico, y por el Colegio de Médicos, por supuesto.

—¿Intercedieron o intervinieron en su práctica clínica? ¿Cómo fue esa resistencia de la psiquiatría contra su avance?

Directamente no pudieron hacer nada. Pero yo me acuerdo, por ejemplo, de estar haciendo grupos en la Ayuda Estudiantil, y tener algún integrante que hiciera una crisis de angustia y gritara, y venían enseguida a golpearme la puerta a ver qué estaba haciendo. Yo siempre tuve un temperamento bastante duro con eso: “si tenés algún problema, anda a hablar con el Director”. Eso me lo hicieron varias veces. Teníamos consultorio, que ocupábamos determinadas horas determinados profesionales. Y nos destinaron los consultorios para grupos. En eso Bilotta se portó muy bien, siendo que era Médico Psiquiatra. Era también totalmente de avanzada que en una institución se permitiera hacer grupos y haberlo podido hacer en Ayuda Estudiantil fue un logro fenomenal.

—Era bastante actual la teorización sobre los grupos por esos años, ¿no?

Sí, recién empezaba. Si bien Pichón lo impulsó en la ciudad de Buenos Aires, la cosa se puso bastante en movimiento con los grupos. Pero en La Plata tardó bastante. Con Pichon hice mi primera experiencia en grupos, pero en un área más institucional. Pero en privado, mi primera experiencia fue con Marie Langer. Con ella hice el primer grupo, que era una experiencia de grupo preformado, es decir, que éramos amigos o compañeros y Langer quiso hacer la experiencia de ver qué pasaba con un grupo preformado. Y bueno, para mí fue una experiencia extraordinaria, sobre todo por cómo era Marie Langer. Ahí aprendí muchísimo. Al mismo tiempo que estaba con Pichón estaba con Langer. Eso me dejó un sello indeleble en el manejo del grupo y la concepción de los grupos. Y bueno, finalmente se deshizo, porque el grupo preformado no anda, es transferencia especular, nada más, o predominantemente. Lo cual no quiere decir que no me olvide de algunas interpretaciones de Marie Langer ¡las recuerdo perfectamente! Hay algunas que recuerdo que me han quedado clarísimas, más que algunas interpretaciones de analistas que me han atendido. Pero, bueno, eso terminó. Ella presentó en un Congreso de Grupos —que no se si fue el primer congreso de grupos que se hizo— el trabajo sobre nuestro grupo preformado, por el 67 o 68. Y después, la otra experiencia de grupos que hice fue con [Eduardo] Pavlovsky, que ahí hacíamos las sesiones prolongadas. ¡Poca formación! [risas] Y bueno, ¡en tantos años! Con Pavlovsky habremos hecho 4 o 5 experiencias a lo largo de los años, una por año. Y estábamos todo el día. Ahí empezamos a hacer psicodrama. Ahí empecé a aprenderlo, y yo lo utilicé mucho los primeros años que hice grupos. Después lo dejé de utilizar porque consideré que era también muy especular, y muy de manejo terapéutico. Así que yo hice grupos desde los 70 hasta los 2000.

—Entonces, su formación en ese campo venía de antes, y ya con el título de Psicóloga en mano se dedica a grupos...

Sí, pero por la apertura que nos da Bilotta en la Ayuda Estudiantil para formar los grupos. Pero la luchamos, porque Bilotta no se dejaba convencer muy rápido. Generalmente, lográbamos que

se pudiera hacer, lo que fue un hito muy importante. Porque después los grupos se pudieron empezar a hacer en algunos hospitales, sobre todo los grupos de admisión. En el Policlínico¹⁴, que estaban desbordados por la demanda, hace 20, 30 años, se hicieron los primeros grupos de admisión: la gente se anotaba para un turno de psicoterapia individual, pero mientras tanto eran contenidos en grupos de admisión. A través de ellos, se lograba ver cómo era la estructura psicopatológica del paciente, a qué terapeuta convenía derivarlo, es decir que ya se iba preparando. Me parece que hoy ya no existen. Fue muy importante eso que se hizo en el San Martín. En el Rossi¹⁵ no se pudo hacer, no me acuerdo qué pasó. Yo planteé hacer grupos de admisión, pero no hubo eco, porque la que era Directora de Salud Mental se opuso. En el San Martín lo que hice fue primero con los Residentes, y después con la gente de Planta Permanente. Y ahí lo que introduje es que los Psiquiatras —ya estábamos en otra onda— participaran de la supervisión. En todo el tiempo que estuve yo, eso se hizo, hasta que los mismos psicólogos no quisieron que siguieran participando los psiquiatras. Para mí fue un período muy fecundo, porque dejó establecidas las relaciones y cómo se puede intercambiar con un psiquiatra un diagnóstico, un pronóstico, una lectura de una estructura patológica, etc. Eso se pudo hacer porque había una relación amable con los psiquiatras; ya venían de Medicina con otra concepción. Eso también es un escalón para la actual convivencia profesional que tenemos con los psiquiatras, que fueran participando con los psicólogos de las supervisiones. Yo superviso a gente que trabaja en hospitales y, por ejemplo, ahora, aunque no existan esos encuentros, están los encuentros “de pasillo” y por lo menos hablan con los psiquiatras en el pasillo, se da una comunicación espontánea también que es válida.

—¿Cree que la teoría de grupos promovió la vinculación de estos campos disciplinares?

No, los psiquiatras en teoría de grupos no ahondaban. Salvo psiquiatras como Rodolfo, mi compañero, o Erbeta. No hay distinción de cómo trabajamos con Rodolfo, por ejemplo, siendo él Médico y yo Psicóloga, hemos trabajado mucho en pareja, juntos. En parejas también fue algo que fue avanzando, poco a poco, en La Plata, que culminó después con configuraciones vinculares —pero ya lo veníamos haciendo los psicoanalistas, lo de trabajar en parejas—. El que tiene formación en grupos puede trabajar con parejas rápidamente, es una manera de saber trabajar en grupo.

—Lo que no le hemos preguntado es su relación con la militancia, pensándola en un sentido amplio. Estas cuestiones que nos señalaba respecto a las disputas con los médicos psiquiatras, la forma de organizarse de ustedes para reclamar, ¿implicó el paso por algún espacio en particular donde convocarse?

No, todo era desde la Asociación de Psicólogos. Fue la única adhesión. El Centro de Estudiantes no participaba. Por supuesto que adhería, pero no tuvo una participación. Esto era esencialmente desde la Asociación de Psicólogos.

¹⁴ Hospital Interzonal General de Agudos General José de San Martín de La Plata.

¹⁵ Hospital Interzonal General de Agudos Dr. Rodolfo Rossi de La Plata.

—Nos ha mencionado su participación en algunas instituciones: el Hospital San Martín, el Rossi, su práctica clínica privada. Más allá de éstas, ¿ha participado en otras? ¿Pensó, por su afición al psicoanálisis, permanecer en los circuitos de grupos de estudio o pertenecer a una institución “oficial” o legitimada internacionalmente?

No, nunca me interesó, ni la docencia, ni la docencia universitaria. Sí la docencia en privado, en pequeños grupos; eso sí. He tenido grupos sobre Freud, Lacan. Respecto de las instituciones, no participé, pero es difícil, porque tampoco en ese momento había instituciones como las hay ahora. Ustedes están en un lugar distinto y bastante privilegiado respecto a lo que tuvimos nosotros. Nosotros nos las teníamos que rebuscar, viajando a Buenos Aires. ¡Toda mi vida, he viajado a Buenos Aires! Ustedes tienen acá instituciones locales como Freud-Lacan, Lazos, donde pueden formarse... en aquellos momentos no había nada acá, y lo que había era muy precario. Por eso era que, con Raquel, con Ana, con Marta Di Paolo, hacíamos grupos entre nosotras para hacer las lecturas. Serían como grupos preformados, grupos de estudio, de confección horizontal. Como cuando uno estudia en la facultad. A mí siempre me gustó estudiar en grupos, con compañeros, porque eso revitaliza, dinamiza intercambiar. Lo mismo seguimos haciendo por nuestra cuenta estudiando Freud, pero no a Klein, que ya la habíamos visto bastante en la Facultad y de fuente primaria. Siempre se trató de tener las fuentes. Luego sí, accedíamos a que el experto hablase sobre eso, pero la única manera de que uno sea independiente para leer es así. Si no, uno termina siendo dependiente de la traducción de otro y de su pensamiento.

—Con respecto a sus referentes, ¿cuáles cree que han sido los más significativos?

Pichón, en primer lugar, sin dudas. Prematuramente, porque fue previo a que comenzara Psicología. Siempre he pensado que su teoría de la depresión como enfermedad única tiene mucho que ver con la teoría de la falta en Lacan, el agujero, el sujeto dividido. No me he dedicado a la relectura precisa, pero cuando pienso en estas experiencias, veo a Pichon como un precursor, que con los medios que tenía a disposición, dio herramientas que yo luego hallé en Lacan de una forma más moderna, contemporánea, acompañado de otras disciplinas; fundamentalmente la filosofía y la lingüística, que son ejes clave para leer Lacan. Pichon, en este sentido, era más freudiano. Pero tuvo la gran osadía de empezar con los grupos, eso se lo debemos a él, aun con todas las críticas que tuvo en ese entonces. Después, Berenstein me dejó una marca, pero Sciarretta y Sara han sido fundamentales.

—¿Cuál cree que han sido sus experiencias más significativas en su trayectoria, las que han dejado huellas?

Creo que pienso en una sucesión de experiencias, donde me costaría mucho jerarquizarlas. Creo que tiene el sentido de un proceso, donde cada una, buenas y malas, ocupó un lugar y ha dado lugar a la aparición de la otra. Lo más importante es que el pensamiento evolucione; no quedarse en fundamentalismos, estar abiertos a la percepción y la aparición de novedades. Quizás yo no lo llegue a ver, pero siempre me pregunto “¿qué sucederá después de Lacan? ¿Qué va a aparecer después de Lacan? ¿Quién tomará su posta?”. Porque dejó muchas puntas sin resolver, cuestiones abiertas, pasibles de ser retomadas. Lo de los nudos no lo pudo terminar,

no podemos decir “cerrar”, porque eso, desde el psicoanálisis, sabemos que no existe, pero armar cierta constelación, donde pudiese incluir a la psicopatología. Lo intentó, pero no lo logró. ¿Los nudos los vieron ustedes? Porque yo veo que mis nietos no lo han visto.

—De formación de grado, no lo hemos visto. Queda más reservado para la inquietud paralela...

Claro, entiendo. El otro día le preguntaba a F., mi nieto, y me comentaba que no se veía. Otra cosa que queda por fuera por lo que veo, también, es el tema del pase. Lo han intentado mantener, pero suele quedar ajeno en los circuitos de formación, no ha prendido mucho, por lo que entiendo. Es difícil el intento de objetivar; no se puede objetivar el trabajo analítico. El deseo del analista está siempre presente. Si bien Lacan lo ejemplificaba poniéndolo entre paréntesis, es decir “deseo del analista”, para ubicar bien el lugar del muerto como en el *bridge*. Él mismo, por supuesto, reconoce que es una tarea imposible. Como dijo Freud, hay tres tareas imposibles: gobernar, educar y psicoanalizar. Uno hace lo posible, pero siempre queda la falta, la falla, el agujero: un vacío que —como dice el tango— es “imposible de llenar”¹⁶. Pero eso es el sujeto. Como decía Lacan, cuando intentó hacer la fórmula matemática, el sujeto es “1,0”, como un algoritmo. Lamento que, debido a mi edad, hay muchas cosas que no recuerdo: nombres, fechas, etc. Pero es parte del juego. Mantengo el entusiasmo, digamos. Siempre que hay un tema que me punza, voy y lo busco. El día que me desaparezca la curiosidad, creo que dejo de ser psicoanalista. Hay algo que no cierra nunca, lo cual es una paradoja: no cierra nunca, pero hay que tratar de irlo cercando, no cerrando. No quedarse con que lo que uno terminó de leer es lo último. Siempre se abren puntas nuevas de una lectura y es esto mismo lo que sucede en un análisis. Yo puedo convenir con un paciente la terminación de un análisis, pero ambos sabemos que el fin de análisis — ¡por suerte!—, es algo que nunca se cierra.

—“Terminable e interminable”.

[Risas] Exactamente; y hasta diría que hasta más interminable, porque el inconsciente es interminable. La producción inconsciente no cesa jamás. Decir que un análisis terminó, es una convención que se hace entre dos.

—Buen momento para pasar al “momento de concluir”.

[Risas] Convenimos en eso.

La Plata, mayo de 2018.

¹⁶ Referencia a “Íntimas”, de Ricardo Luis Brignolo y estrenado por Carlos Gardel.